

# INFORMES

---

## **Benito Traver. — Historia de Villarreal.**

En difícil aprieto me puso la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de esta imperial ciudad al encomendarme un informe sobre el libro del Presbítero D. Benito Traver y García, «Historia de Villarreal», y no precisamente por mi falta de dotes, siempre pobres y limitadas, sino más bien por la magnitud de la empresa que se me confía; mi apuro es grande, aunque no intente otra cosa que reflejar o exponer el juicio o la impresión que en mí produzca la lectura de esta obra, por ser sazonado fruto de una labor tenaz y perseverante, dirigida por una inteligencia clara, sutil y esmerada, que sólo sacia su sed de investigación y de depuración de la verdad cuando ve confirmadas sus intuiciones, sus juicios, sus deducciones, sus análisis y sus críticas con el documento auténtico, pacientemente buscado en el archivo polvoriento, en el que se encuentran, tal vez hacinados, libros y papeles sin orden ni clasificación, de letra ilegible, por la acción de los elementos y de los roedores, juntamente con el abandono y apatía de los hombres, que si fueron algunos diligentes en escribir y guardar, no se cuidaron otros de ordenar y conservar lo que las generaciones pasadas iban acumulando, y que algún día podría ser útil a los que les sucedieran en el transcurso incesante de los tiempos.

El libro, pues, que nos ocupa, es la cristalización de muchos, de innumerables desvelos y trabajos a toda prueba, hasta conseguir el noble empeño de poner en orden los hechos y acontecimientos, las vicisitudes y prosperidades, las luchas, los avances, el desenvolvimiento, la historia en fin de su pueblo, Villarreal de los Infantes, en la Plana de Castellón. Acometer semejante empresa, aunque la ciudad de Villarreal sea pueblo relativamente moderno, como fundado por D. Jaime I, *el Conquistador*, allá por el último tercio del siglo XIII, es de por sí empeño gigantesco,

capaz de amilantar a quien no reuna los talentos y la voluntad que ha demostrado el Sr. Traver en el libro de referencia.

En Villarreal, como en casi la totalidad de los pueblos y ciudades de España, estaba por hacer la Historia; y lo que por tal se tenía, además de ser incompleta y deficiente, estaba cuajada de leyendas, de falsas tradiciones, de exageraciones interesadas o sectarias omisiones, formando un todo inexacto e inútil, muy distante de expresar la verdad de los acontecimientos que fueron sucediéndose día tras día y año tras año, dentro de los límites de tan importante pueblo.

Antes que nuestro autor emprendiera su aquilatada labor, ya hubo conatos de cosa semejante, que no llegaron a término definitivo, así como también hubo quien dió a luz trabajos sueltos sobre puntos concretos o hechos particulares. Si además de esto se tiene en cuenta lo que referente a Villarreal habían historiado cuantos se ocuparon de la Historia general de España y de Aragón, tendremos en gran parte los elementos que integran el libro del Sr. Traver.

Pero con ser ya mucho reunir, coleccionar y ordenar cuanto dijeron otros, es más, mucho más, depurar la verdad de aquellas afirmaciones y buscar el testimonio auténtico e infalible que la confirme o rectifique; y ese ha sido principalmente el trabajo meritisimo del Sr. Traver, que no se concretó a eso sólo, sino a la investigación de todo cuanto pudiera encerrar algo de interés relacionado con su pueblo y con los hombres de su pueblo, llegando a acumular tantos y tan diversos datos, que no obstante ser Villarreal pueblo de poca antigüedad, formó con ellos un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas, bastante bien editado, con múltiples ilustraciones, que despierta el interés del lector, a pesar de la aridez de esta clase de trabajos.

Nada, pues, escapó del alcance del Sr. Traver, y la crónica de su pueblo, completa y exacta, es el mejor y más elocuente testimonio de cuanto pudiera decirse en su alabanza. Sabiendo bien a lo que se comprometía y obligaba al intentar la obra que con satisfacción plena e indefinible llevó a tan feliz término, se revisió de la seriedad necesaria para no ser víctima de los prejuicios ni de las pasiones. La virtud de la prudencia tan necesaria al historiador para no caer temerariamente en afirmaciones o negaciones sin fundamento sólido, basadas solamente en conjeturas o en pueriles razones, no le abandonó en los casos precisos, para

elegir los argumentos firmes y seguros, robustecidos con la autoridad severa y grave de testigos o testimonios que más fe pueden producir entre los hombres delicados y escrupulosos.

Imparcial en las narraciones, nadie podrá apreciar cuál es su opinión en aquellos casos o acontecimientos en que fácilmente podía tomar partido, ya que el corazón humano no deja de interesarse en pro o en contra de lo que le parece aceptable o reprochable; sólo al narrar los acontecimientos de la guerra de sucesión, originada a la muerte del Rey Carlos II, parece inclinarse en favor del Archiduque de Austria, pero más bien que por la simpatía que por él sintió Aragón, Valencia y Cataluña, por el daño que hizo a Villarreal el Conde de las Torres, General de las tropas de Felipe V de Borbón, el cual, después de haber capitulado la ciudad, entró en ella a sangre y fuego, pereciendo cerca de trescientos hijos de la ciudad, sin contar las quemaduras y destrozos que en ese día de luto sufrió el pueblo de Villarreal; tales horrores se cometieron, que no puede por menos el autor de mostrar su indignación hacia los causantes de ellos, siendo por tanto excusable, en este caso, el salirse algún tanto de la rígida imparcialidad que, como norma de conducta, sigue en todo el transcurso de su libro.

Tan presentes tuvo las leyes de la Historia, que siempre dió preferencia al testimonio de los documentos, siendo innumerables los que transcribe de los diversos archivos que registró, tanto en Villarreal y pueblos de la comarca como en la capital de la provincia y del reino de Valencia. Cuando no pudo hallar la prueba documental (que por cierto acontece en muy reducidos casos), y fué necesario aducir el testimonio de la autoridad humana, valiéndose siempre de autores de reconocida solvencia, sin que se pueda decir que aceptara sus opiniones como verdades inconcusas, sino que desde luego las somete a críticas serenas para robustecer, si cabe, los puntos flacos o imprecisos.

Fué tan intenso y tan minucioso el trabajo empleado en la investigación de documentos, que casi se podría afirmar que agotó los testimonios, hasta el extremo de que serán muy limitados los que se hayan escapado del alcance de su mano y muy escasas las sorpresas que pueden sobrevenir en lo futuro.

Para terminar, he de hacer constar el gran mérito que para mí tiene el Sr. Traver como modelo digno de ser imitado por muchos; si tan laborioso hombre tuviera muchos imitadores, que a seme-

janza suya intentarían la formación de la Historia de la mayor parte de las poblaciones de alguna importancia de España, resultaría, sin gran dificultad, construido el grandioso edificio de la Historia patria, purificada de consejas, de falsas tradiciones, de constantes y sucesivas copias y del fárrago innumerable y pesado de afirmaciones apócrifas que desnaturalizan y falsean lo relativamente reducido de los conocimientos pertinentes al desenvolvimiento de la nación en los diferentes tiempos.

Traver ha desempolvado todos los archivos que pudieran guardar algo relativo a su pueblo y hasta se podría afirmar que sacó de ellos cuanto de interés pudieran contener; si tantos y tantos archivos que yacen en el mayor olvido cayeran en manos semejantes a las suyas, a buen seguro que ofrecerían frutos copiosísimos, sorpresas insospechadas y triunfos resonantes, así como saldrían a la superficie glorias y hombres ignorados, a la par que vendrían abajo nombres y prestigios que no tuvieron otro fundamento que el afecto o venalidad del historiador o la fortuna insensata y fugaz de un momento de confusión o de sorpresa.

Merece, pues, plácemes y aplausos la obra de Traver, no sólo por lo que es en sí, sino por lo que significa; y yo, el último de los miembros de esta Real Academia, encargado por ella de dar mi parecer y mi juicio, complázcome mucho en rendirle mi admiración y mi aplauso, que, si modestos por ser míos, haciéndolos suyos esta Real Academia podrían producirle la honda satisfacción que siente el hombre trabajador y laborioso al ver apreciada en su valor la obra de sus afanes y desvelos, en la que puso todas sus ilusiones y todos sus cariños.

**Angel María Arcevedo,**

**Numerario.**

Toledo y Febrero de 1923.